

Salmodia hagiográfica

DE PARTE DE DIOS

Enrique Serrano

Barcelona, Destino, 2002, 237 págs.

El escritor colombiano Enrique Serrano ya había presentado un desigual volumen de relatos (*La marca de España*) en el que practicaba una peculiar manipulación de materiales preferentemente históricos. *De parte de Dios* insiste, de modo aún más insatisfactorio, en los mismos presupuestos que, visto lo visto, parecen haber llegado a un callejón sin salida.

Si en el anterior volumen de cuentos el núcleo aglutinador era la historia de España, en este se trata de la experiencia mística, del contacto que algunos seres privilegiados (o desdichados) mantienen con la presencia divina. Cada relato es, por tanto, un retrato sumario de la personalidad y de la biografía de ciertos personajes que de una forma u otra, entregaron su existencia a la búsqueda y a la convivencia, muchas veces problemática, con lo trascendente. Ahí están, entre otros, Andrés el Apóstol, Simón el Estilita, San Antonio, Dürero, el poeta japonés Basho, Kierkegaard, y un largo etcétera de ascetas, artistas y visionarios de las más diversas religiones y culturas. A través de cada uno de ellos Serrano ha querido iluminar diversas parcelas de la experiencia religiosa, un terreno del que no son ajenas, según la perspectiva desde la que se refleja, las pasiones fundamentales del hombre común (la envidia, la soberbia, el ansia de poder a través del conocimiento), sino que, al contrario, se exacerban e incluso se subliman en el espíritu exaltado de unos hombres excepcionales.

La dificultad con la que, *a priori*, se enfrentaba Serrano era doble. Por un lado, la tentación de apoltronar sus relatos en los atractivos derivados de la excentricidad de sus protagonistas y de sus obsesiones. Y por otro lado la difícil búsqueda de un espacio estrictamente literario, ficticio, en el que acomodar a unos personajes reales cuya biografía, en muchos casos, cuenta con una importante tradición documental. Pero ni uno ni otro escollo han sido superados con solvencia. Los relatos adoptan el tono y la estructura típicos de una

hagiografía, de forma monocorde y tediosa: antecedentes familiares, infancia y educación del personaje y, finalmente, su madurez y prodigios. El narrador es, aunque a veces se disfraza con los atuendos precarios del testigo, igualmente monótono y su voz, invariablemente revestida de una solemnidad bastante redicha, adocena a los personajes de los distintos relatos, borrando todo atisbo de individualidad. En definitiva, todas las historias se van contagiando de un mismo discurso entre engolado y dulzón, pleno de resabios de retórica sentenciosa, con la que apenas se puede maquillar las indigencias imaginativas y conceptuales de la mayoría de los cuentos.

Juan Carlos Peinado

Lo que no ven los ojos

LA HERMANA DE KATIA

Andrés Barba

Barcelona. Anagrama, 2001. 177 págs.

Autor de una anterior novela corta, *El hueso que más duele* (1997), Andrés Barba se ha dado a conocer al gran público, gracias a haber sido finalista del premio Herralde con esta novela que, de entrada, cabe calificar de insólita, aunque no por sus componentes formales, que discurren por cauces narrativos convencionales, sino por la dificultad de haber elegido, a través de un mundo reducido de miseria moral, una fábula de bondad que logra elevarse por encima de la estupidez latente que contamina ese mundo de cursilería. *La hermana de Katia* enfrenta la gran dificultad de hacer literariamente convincente la inocencia. Todo el relato se contempla, aunque ella no es la narradora, desde los ojos de una chica de catorce años, cuya hermana (Katia), de dieciocho, es una bailarina de *striptease*; ambas, engendradas por padres distintos y desconocidos, son hijas de una prostituta, y su universo comienza y termina en la casa de la madre, cuyo lujo más eficiente es la televisión encendida. La elección de un tema tan pro-

clive a la blandenguería sentimental, que no obstante Andrés Barba ha sabido dotar de control, humanidad y emoción, a la manera que exigen las vidas anónimas, revela a un autor de una enorme libertad intelectual en sus propuestas y con un pulso narrativo del que cabe esperar, en el futuro, una maduración que seguramente no fructificará por derroteros transitados. Se aprecia en Andrés Barba, sin duda, el magisterio de Álvaro Pombo, el novelista que con más lucidez ha expuesto el tema inconcebible de la bondad, esa cualidad refugiada en el alma, esa disposición a la comprensión del horror, siempre relegada a favor de la deformación, la crueldad, el desequilibrio y la desolación. Este personaje innominado, la hermana de Katia, se suma a esa selecta galería de personajes de memoria nebulosa, pero magníficos, cuyo antecedente más conmovedor es la María de *El metro de platino iridiado* de Pombo.

La novela registra la crisis que supone pasar de la relegación que produce cierto autismo —la hermana de Katia padece una timidez congénita, o más claramente, un miedo radical a la vida externa— a los prolegómenos de lo que será después la adolescencia y los inicios de acceso al mundo real. Katia es, para esa niña embozada en el temor, un modelo de belleza y seguridad; la contempla como a una artista de cine, como un producto de fantasía, y no como realmente es, una chica de carácter hostil, algo zafia y grosera, en realidad una putilla, que se desenvuelve con singular desparpajo en las zonas más sórdidas de la realidad cotidiana. El talento

**Una fábula
de bondad
que logra elevarse
por encima de la
estupidez latente
que contamina ese
mundo de cursilería**

del autor ha sorteado el peligro de las emociones primarias, y pese a bordear, en ocasiones, los límites de la verosimilitud —la historia de amor de la hermana de Katia con John Turner, a un paso de una *poética* de género rosa—, la novela posee un peculiar tono moral muy convincente —se aprecia, en cada línea, que el autor ha reflexionado mucho sobre los imperativos morales del comportamiento humano— y mantiene una armonía y un tono convincente que no decae en toda la narración.

Configurar esa convicción narrativa no era nada fácil. Todos los personajes aquí presentados —la madre prostituta, con sus recurrentes pesadillas de familia; el paciente y comprensible novio de la madre; Morell, el

dueño del local de *striptease*; John Turner y su obsesión religiosa; Giac, el amor italiano de Katia; la propia Katia, perdida en su laberinto de pulsiones sentimentales—son seres de una materia narrativa previsible y trivial, en cierto modo podría decirse que son esquemas de personajes, pero Andrés Barba los ha insuflado de un estremecimiento y una vivacidad que, estoy seguro, subyugará al lector que se adentre en estas páginas. Por lo demás, hay que destacar igualmente que los ambientes elegidos, con calles de Madrid tantas veces reflejadas en las novelas, poseen aquí un carácter distintivo, hasta conformar un espacio que, a través de un estilo sencillo, pero muy elaborado, parece proponer tanto un cosmos moral como una topografía mítica.

Francisco Solano

Aliento en las palabras

ASOMADA AL INVIERNO

Elena Santiago

Madrid. Alfaguara, 2001. 305 págs.

Hay novelas que, como sucede tras el poema o la nostalgia, dejan el recuerdo intenso de su lectura como una experiencia preñada de sentido, a la vez que borran las huellas de ese viaje una vez que concluye el trayecto. Resulta difícil entonces volver sobre los pasos que nos han llevado a suspender de tal modo la conciencia y, del mismo modo, ardua es (y puede que también falaz) la tarea de hallar el centro de gravedad de esos posos con que la escritura ha engrandecido la memoria. No es otra la sensación que suscita la lectura de la última novela de Elena Santiago: la de haber participado de una historia en la que los hechos, los lugares o los tiempos concretos terminan por difuminarse tras la última página, pero, y quizás también por ello, destilan la clara remembranza de una mirada inconfundible con la que se ha contemplado una atmósfera lírica y peculiar aunque difícil de traducir.

Amor y muerte se funden en esta novela bajo una atmósfera extraña y hermosa, cargada de intensidad y lirismo

De hecho, *Asomada al invierno* es, ante todo, la reconstrucción de un vacío. El vacío que su narradora, Gela, busca en el pasado para explicarse su infancia y su adolescencia y que así éstas ya no sean carga sino bagaje. De este modo, el discurso se arraiga en su tierra natal, un rincón del mapa, Finisterre, donde el clima es asfixiante y los pocos personajes que viven su cotidianeidad están marcados, cada cual a su manera, por un extraño carácter, cuyo rasgo distintivo es la carencia: la falta, por ejemplo, del marido que faena en la mar y que sólo vuelve los fines de semana mientras su mujer lo espera con una hija carente de juicio; o la del que, como José Souto, el padre de Gela, ni siquiera devuelve a su familia un cuerpo ahogado al que velar.

El patetismo que dimanan estos seres incompletos no proviene, sin embargo, de las desgracias que les ha brindado un destino fatal, sino que, y este es a mi juicio uno de los mayores aciertos de la novela, se oculta en el misterio que hay en el fondo de sus hábitos o de sus palabras, los cuales conforman una especie de rito con el que los personajes pretenden cubrir las oquedades del alma. Para ellos, en efecto, un nimio objeto puede ser el talismán de su dicha (las ropas que el mar devuelve a la costa, la mermelada que suple la falta de amor, el faro que guía el desoncierto infantil) o el oráculo de su desdicha (la bruma que ciega, el bosque que susurra), del mismo modo que las palabras pueden eludir la rutina y el desamparo (leyendas de naufragios, sirenas y desaparecidos o confidencias cálidas de puertas adentro) o sembrar la discordia. La atmósfera de la novela se carga entonces de significados mientras que la anécdota que se plantea se reduce al mínimo; la narración, en definitiva, parece desentenderse del concepto convencional de trama para articular un modo de coherencia más cercano al de la lírica.

Esto no significa, por otro lado, que la historia pierda interés, sino sólo que se dosifica de otra manera a la esperada. Y es que, como decíamos antes, el relato está puesto en boca

de Gela y guiado por su recuerdo, siendo éste el que impone en la historia un ritmo que se libera del lastre de la linealidad del tiempo para recrearse en las necesidades y obsesiones

de la memoria. Gela cuenta (se cuenta) así, de forma iterativa y discontinua, su infancia y su gran pasión, la que vivió con un hombre sin identidad y compartido con otra mujer. No obstante, lo terrible de esta pasión no tiene tanto que ver con los celos o con la correspondencia como con su carácter inconcluso, con ese vacío que supera al dolor y al que es necesario ponerle un final. Del mismo modo que la madre de Gela añora que las olas le otorguen un cuerpo al que llorar, ésta busca los pe-

cios de su amor para poder amar de nuevo.

Amor y muerte se funden en esta novela bajo una atmósfera extraña y hermosa que Elena Santiago ha sabido construir con intensidad pero sin estridencias, con su inconfundible personalidad artística y con su habitual dominio de la prosa, que provoca en el lector un placer estético constante. Como ha venido haciendo a lo largo de su trayectoria narrativa, la escritora leonesa devuelve aquí a la palabra literaria la dignidad y el poder transfigurador que las modas y la ineptitud parecen arrebatarse, y consigue que, a la postre, *Asomada al invierno* posea ese carácter de privacidad que suele acompañar a la mejor literatura.

Israel Prados

Thriller religioso al uso

SATANÁS

Mario Mendoza

Barcelona. Seix Barral, 2002. 285 págs.

El premio Biblioteca Breve fue uno de los galardones más prestigiosos de la narrativa hispanoamericana, pues logró reunir en su nómina a lo más granado de la nueva narrativa de los creadores aparecidos entre los sesen-

